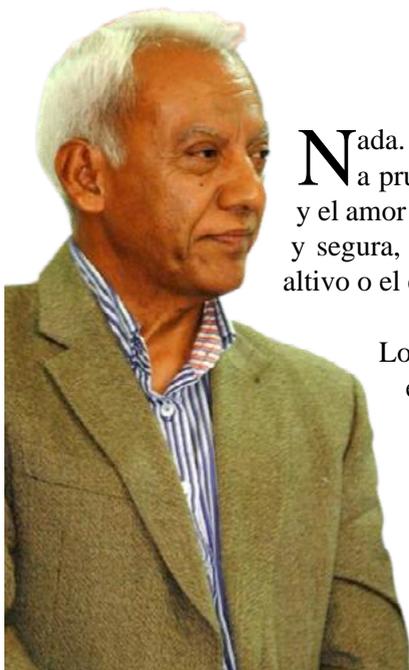


Palabras para el camino

Homenaje a Carlos Fredy Martínez Gómez*

Héctor José Sarmiento Ramírez**



Nada. Absolutamente nada como la muerte, pone a prueba el valor de la vida; el miedo a aquella, y el amor por ésta. Nada como la partida, la inevitable y segura, exige la sinceridad con el otro en el adiós altivo o el esquivo llanto por el dolor propio.

Los valientes y los héroes –cada día más escasos– exudan en los albores de este futuro imperfecto, el pánico prehistórico por la noche y la oscuridad, pues toda la ciencia del mundo, aún no acaba de desentrañar los misterios de ese viaje sin regreso, que promete la luz de un día eterno, sin lágrimas, sin dolor y sin duelo.

Los cobardes –que por suerte somos mayoría– nos escondemos en el cómodo refugio de nuestras creencias y nuestra fe, y nos aferramos a nuestro participio pasado y a las verdades sin tiempo y sin espacio, que habrán de ganarnos un lugar en el Parnaso.

* (†) Contador Público de la Universidad del Cauca, Colombia; Especialista en Derecho Empresarial de la Universidad de Medellín, Colombia; y MSc. en Gestión de la Universidad París I (Pantheon Sorbonne), Francia. Fue profesor vinculado durante 27 años a la Universidad de Antioquia, Colombia; Revisor Fiscal del Metro de Medellín, presidente del Colegio Colombiano de Contadores Públicos y líder gremial.

** Contador Público y MSc. en Ciencias de la Administración. Profesor asociado al Programa de Contaduría Pública del Politécnico Colombiano Jaime Izasa Cadavid y miembro de la Red Colombiana de Editores y Revistas Contables, Medellín - Colombia.
teuken-bidikay@elpoli.edu.co

La vida entera se nos va en hacer que la vida misma parezca un camino de algodón hacia el cielo azul de las promesas, y anhelamos lavar sus calles para expulsar los malos recuerdos, tocar sus puertas para entrar en sus secretos, o cruzar su umbral de regreso a casa cuando nos gane la nostalgia. Pero la realidad es lo insondable, lo irredimible, lo inexorable; el debate entre el bien y el mal enmarcan el juicio de la ética y la estética en torno a una vida que ya se fue y no da segundas oportunidades, ni salvamentos, ni rescates. Sólo el perdón o el olvido, por si son lo contrario o si acaso no son lo mismo. Y esto pasa, como canta el poeta Benedetti –que fue contador como muchos de nosotros, pero arrepentido como pocos– “porque se trata de un cielo que no es el tuyo, aunque sea impetuoso y desgarrado, en cambio cuando llegues al que te pertenece, no lo querrás lavar, ni tocar ni cruzar, pero allí estarán el pájaro, y la nube y el pino”.

La sencillez, que parece ser hermana de la humildad, es poco diestra en esto de convencernos de sus bondades, y por eso acogemos tarde las enseñanzas de los viejos, que por serlo, saben más que los que dicen saberlo todo. El sabio judío Midrach Rabbah advertía desde lo alto de su ancianidad que: “Cuando el hombre viene al mundo, sus manos están cerradas como diciendo: el mundo entero es mío, quiero tenerlo en mi poder. Y cuando se aleja de este mundo, sus manos están tendidas, como diciendo: Nada he tenido en mi poder, de cuanto hay en este mundo presente”. Es por eso que la sencillez del alma desnuda la arrogancia de la vida material y por tanto conviene ubicarse a prudente distancia de la avaricia, que todo lo corrompe, que todo lo destruye. Qué poco somos ante la grandeza del mundo!

Nadie puede negar que es la dificultad lo que forja el temple del carácter –ya nos lo había dicho Estanislao en su elogio de la misma– y que somos más fuertes cuanta más oposición nos hace la vida; pero nadie sale mejor librado de este trance, que quien logra imponer la serenidad sobre los ímpetus, como aconseja Confucio cuando recuerda que “un hombre no trata de verse en el agua que corre, sino en el agua serena, porque solamente lo que en sí es tranquilo puede dar tranquilidad a otros”. Mantener la serenidad en medio de lo adverso, exige un especial dominio de sí mismo que mucho cuesta, pero construir y proyectar una vida en serenidad, da la talla de la sabiduría, que sólo alcanzan los hombres de gran espíritu y marcan la vida de los otros.

Durante muchos años, las afugias de nuestra vida han sido por alcanzar el éxito, el reconocimiento y hasta la fama; y es que hay cursos y cursis que enseñan los secretos del camino al éxito, manuales del coaching y rituales de fama que terminan por empequeñecernos, cuando lo realmente importante es merecer el respeto, que va como viene y que llega de forma sencilla y serena cuando es el fruto de lo que damos. El respeto, moneda oficial de la economía profunda,

se da como se recibe y no acepta tasa de cambio, porque como la dignidad que lo acompaña, se da o se niega, pero no se alquila. La dignidad es un escudo contra el miedo que nos acecha y es necesario no confundirlo con el respeto, pues como sentenciaba Benito Juárez, “nada es más despreciable que el respeto cuando está fundado en el miedo”, que acobarda en la lucha y niega la libertad.

Sencillez, serenidad y respeto podrán ser sólo palabras, y las palabras se las lleva el viento; por eso hay una tarea enorme y sofocante, que es darles vida en la vida misma, y parece que no basta con rasgar con ellas el papel o esculpir las en la piedra; es necesario llenar con ellas los días y llevarlas puestas cada día, como una insignia, como un tatuaje, como una flor. En ese mismo camino, Héctor Abad, un poeta de nuestra tierra dice: “Estas palabras son mi testamento. Disimuladas rimas de herencia para mis amigos... Palabras que me siembran oscuras en la tierra, para que nazcan flores, árboles, frutos y hojas de silencio”.

En la hora de despedirnos, conviene revisar que hayamos bien guardado la herencia que nos han legado nuestros maestros, pues éste es un abrazo definitivo, que no se repetirá pronto. Galeano –nuestro querido Eduardo, que también partió este año– nos abrió El Libro de los Abrazos para enseñarnos que “Pequeña muerte” llaman en Francia a la culminación del abrazo, que rompiéndonos nos junta y perdiéndonos nos encuentra, y acabándonos nos empieza. “Pequeña muerte” la llaman, pero grande, muy grande ha de ser, si matándonos nos nace”.

Yo, que fui mediocre con las finanzas y torpe con las cuentas, no aprendí las lecciones de la Universidad, y por eso conviene no heredar nada material que malgaste con daños a terceros; pero recibí de un maestro –como también muchos de ustedes, que sí son diestros con el dinero– su herencia de palabras, ejemplos y consejos, como él los había aprendido de Saramago: “Ni yo puedo hacerte todas las preguntas, ni tú puedes darme todas las respuestas”. Por eso nos dejó como tarea, lo que siempre nos dio como ejemplo de vida, y que ruego a Dios podamos cumplir: Sencillez, Serenidad y Respeto. Creo que aún hay tiempo y prometo seguir aprendiendo, porque aprender es lo único que puedo ofrecer. Ya lo había dicho Silvio: Lo más terrible se aprende enseñada, y lo hermoso nos cuesta la vida.

Infinitas gracias, Apá Carlos Fredy, por ser nuestro mejor maestro, colega, compañero y amigo.

Para citar este artículo:

Sarmiento, H. (2016). Palabras para el camino. *En-Contexto*, 4(4), 57-59

